

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *TIEMPO DE OSCURIDAD. DIÁLOGOS CON HANNAH ARENDT* DE MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA Y MARÍA JOSÉ LÓPEZ\*

*José Santos Herceg*  
IDEA/ USACH

Debo confesar, al abrir estas palabras, que siempre me complico con la presentación de un libro. Ante la petición de hacerlo, generalmente intento escaparme de la manera más educada posible. Acceder a hacer la presentación de un libro es como una apuesta ciega. Una vez que aceptas no sabes lo que te espera: puede tratarse de un gran texto y, entonces, no hay problema. Pero, qué sucede si el libro que te comprometiste a presentar no es lo que esperabas o peor aún, si se trata de un escrito que no te gusta en lo más mínimo. El problema es que te han invitado a una fiesta y debes hacer el brindis. Siempre he pensado que es una mala educación criticar la cena a quien te invita a comer. La presentación de un libro es, creo, una celebración, un momento de alegría y de felicitaciones, no corresponde hacer otra cosa.... Es por ello que, en general rehúyo las presentaciones.

En este caso, sin embargo, no pude hacerlo. Un larga –inconfesablemente demasiado larga– y profunda amistad con María José López me ha impedido negarme. En este caso, por supuesto, se trataba de un riesgo bastante bajo, bien controlado. Conozco la obra de Marcos García de la Huerta y creo haber leído la gran mayoría de lo que ha escrito María José López en el último tiempo, por lo tanto, sabía con certeza que lo que tendría que presentar sería de calidad. Ha sido un agrado darme cuenta de que no solo no me equivoqué, sino que además que se trata de un texto sobresaliente. Fue realmente un agrado leerlo, aprendí mucho haciéndolo y agradezco, por lo tanto, la oportunidad de presentarlo.

Lo primero que llama la atención de este escrito es que se trata de un texto anómalo desde el punto de vista de la autoría. Este es un libro a dos voces. Estamos acá ante un escrito con doble autoría. Esto no parece tan extraño, pues normalmente se publican compilaciones sobre temas en las cuales aparecen escritos de diferentes autores. En estos casos, no obstante, los nombres de los autores aparecen en el índice y el de los compiladores en la tapa del libro. Hay, por otra parte, algunos libros escritos por más de un autor en conjunto, esto es, entre dos dan a luz un solo escrito con doble autoría. Esto es lo que se puede ver en libros como la *Dialéctica de la Ilustración*, por ejemplo. En este caso ambos autores aparecen en la tapa en su calidad de autores, pero sus voces no se distinguen expresamente.

\* Editorial Universitaria, Santiago, 2018.

El libro que presentamos acá no es ninguno de estos dos casos. Acá estamos frente a un texto de doble autoría en el cual cada uno escribe una parte: Marcos García de la Huerta se hace cargo de la primera y María José López de la segunda. Ambos autores reconocidos estudiosos de la filosofía política, ambos conocedores del pensamiento de Hannah Arendt. No se trata, sin embargo, de una simple sumatoria de textos sobre la autora alemana. Ambos capítulos están relacionados temáticamente, aunque trascienden la vinculación temática. Es decir, van más allá de simplemente coincidir en el tratamiento de ciertos asuntos. De hecho, en el texto ambos autores entran expresamente en diálogo. María José López incluso cita en reiterados oportunidades lo que ha escrito García de la Huerta en la primera parte del libro.

Ya desde su factura, por lo tanto, el libro que hoy presentamos es particular y postula una forma de trabajar filosóficamente. Más de alguna vez se ha dicho que los filósofos chilenos no nos leemos entre nosotros, que no interactuamos, que no dialogamos. Basta recordar que Giannini llegó a decir en algún momento que en Chile no había filosofía sino solo filósofos, justamente porque no constituimos una comunidad pensante, en tanto que no interactuamos, no dialogamos entre nosotros<sup>1</sup>. El libro que presentamos constituye una excepción y puede llegar a ser un síntoma de que, tal vez estemos cambiando, de que quizás existan algunas comunidades dialogantes en el ámbito filosófico nacional.

Lo segundo que llama la atención del libro son los modos de trabajo filosófico diferente que allí se dan cita. En el texto pueden encontrarse variadas metodologías de trabajo filosófico, metodologías que sin duda pueden encontrarse en el campo filosófico chileno en general, pero desperdigadas. Acá las encontramos juntas y dialogando entre sí.

Por una parte, se puede encontrar el modo del análisis erudito, minucioso de la obra de la autora escogida. Se estudian los textos de Arendt y se los interpreta con adecuado aparato crítico. Esta aproximación podríamos llamarla “histórica” o incluso “museológica”, en el sentido de que se toman las obras como un objeto de análisis cuyo valor está en sí mismo. Los trabajos de este tipo incluidos en este libro van sumándose a un acervo de estudios acerca de Hannah Arendt, que constituye la base de interpretación que va desentrañando los modos de entender, la formas de lectura de la autora. El trabajo de este tipo tiene el enorme valor de ir abriendo la reflexión contenida en las obras, ir despejando el camino de comprensión de un autor.

Esta forma de trabajo, en nuestro país encuentra sus orígenes en los seminarios que diera Grassi en los que, utilizando el método de los seminarios de Heidegger, se leían atentamente los textos de los autores. Esta manera de trabajar, como ha puesto de manifiesto en su momento Cecilia Sánchez ha sido dominante en nuestro país<sup>2</sup>. En

<sup>1</sup> “Yo digo que en Chile hay filósofos, pero no hay filosofía (...)” (Machado, Mabel, (2009) “Me convertí en un optimista”, Entrevista con ocasión de la Feria del Libro de La Habana, La Jiribilla, *Revista cultural cubana*, Año VII, 14 al 20 de febrero).

<sup>2</sup> Sánchez, Cecilia, *Una disciplina de la distancia. Institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*, 1992, CESOC, Santiago de Chile, pp. 115-120.

su momento, por mi parte, pude mostrar que ello se corrobora sin duda en el caso de los proyectos aprobados por Fondecyt<sup>3</sup>.

En lo relativo al libro que estamos presentando, esta línea está presente, por ejemplo, en el texto “¿Qué nos lleva a pensar?” (pp. 17-26) en donde Marcos García de la Huerta plantea desde el pensamiento de Arendt el tema del origen del pensamiento y la forma en que se relaciona con los acontecimientos. Topará, así, la cuestión del sentido de la comprensión para la autora y terminará articulándola con el pensamiento de Kant. En esta misma línea de trabajo está el texto “Apoliticismo y carencia de mundanidad” (65-75) del mismo autor, en el cual se aborda el asunto, nunca del todo nítido, de la relación de Heidegger con el nazismo y la elaboración de Arendt al respecto. Este modo de trabajo filosófico se puede ver por último en los escritos titulados “Historia de la infamia y su recuerdo”(88-89), “La comprensión y el problema del mal” (pp. 90-93) y “Comprender después del totalitarismo” (pp. 93-97), de María José López. Allí se busca dilucidar cosas como el concepto de historia de la autora, el de “mal absoluto” y “mal radical”, el de “pensamiento sin barandas”, etc.

Una variante de este modo de trabajo histórico-filosófico la representan ejemplarmente aquellos escritos o investigaciones que no solo buscan comprender e interpretar, es decir, desentrañar lo que el autor o el texto “quieren realmente decir”, sino que, además, plantean alguna crítica a los escritos y a los autores. Este modo de trabajo más irrespetuoso, si se quiere, le plantea preguntas a las obras, duda acerca de sus respuestas, pone en problema los textos, pero también pone de relieve los problemas que los mismos autores de los textos tenían y cómo estos se manifiestan en sus escritos. Se presentan, entonces, autores/filósofos aporreados, pensantes, dudantes, que intentan respuestas que incluso se contradicen y se desdichan.

El texto titulado “El nazismo y la tradición” (pp. 53-64) de Marcos García de la Huerta es buen ejemplo de este modo de abordaje. En este escrito, el autor se inmiscuye en el problema histórico filosófico del si el nazismo habría tenido un antecedente en la tradición intelectual alemana intentando comprender por qué Arendt habría sido tan rotunda en negarlo. García de la Huerta va mostrando que esta afirmación tan categórica de la autora no se sostiene históricamente y que ella misma tenía problemas respecto del tema lo que se puede apreciar cuando escribe a Jaspers: “sospecho que la filosofía no es totalmente inocente en este lío” (58).

Finalmente habría que aludir a otro tipo de trabajo filosófico presente en este libro y que está emparentado con lo que podría llamarse “trabajo de taller” al decir de Raúl Fronet Betancourt. Es decir, aquel en que “trabajan las obras, se las revisa, se las pone al día o se reparan, si es el caso. Quiere decir que en el taller tratamos con la historia de la filosofía como con algo que es parte de nuestro mundo y que necesitamos

<sup>3</sup> “30 años de Investigación FONDECYT en Filosofía”, *La Cañada*, Revista del pensamiento filosófico chileno, N° 3, Chile, 2012, pp. 75-115.

todavía para movernos en él”<sup>4</sup>. En esta modalidad, la cuestión es poner a trabajar a los textos y a los autores para poder comprender los problemas actuales, los problemas que el mismo estudioso considera acuciantes, indispensables de ser pensados.

En este caso, los filósofos vienen a proveer de herramientas para ir pensando la realidad. Es lo que hace María José López, por ejemplo, en su texto sobre los detenidos desaparecidos. Ella misma comenta al comenzar lo que “[e]n este capítulo buscamos indagar en la paradoja que supone este crimen y en las formas de daño implicadas en él, como también, en el alcance político que la figura de los ‘detenidos desaparecidos’ ha tenido en Chile. Para ello, seguiremos algunas veces de cerca, otras veces más bien de lejos, la perspectiva de Hannah Arendt” (p. 107). El objetivo acá es hacerse cargo del tema –los detenidos desaparecidos–, para ello se trae a colación el pensamiento de Arendt quien contribuye con su reflexión a ir pensando lo paradójico de este crimen.

Las tres aproximaciones metodológicas son, sin duda, valiosas, las tres, además, se suman y se complementan de hecho, me parece que podría sostener que se necesitan mutuamente. Como no soy un estudioso de la obra de Arendt, no me siento autorizado a hacer comentario alguno relativo a la primera y segunda metodología acá en juego, sin embargo, sí podría referirme a la tercera. Lo que me interesa destacar es que este texto de Marcos García de la Huerta y de María José López constituye una reflexión filosófica sobre la dictadura chilena.

Lo destaco, en primer lugar, porque este es uno de los pocos escritos filosóficos hecho en Chile y por chilenos que tanto expresa como tácitamente lo hacen. Fackenheim escribe algo respecto del holocausto judío que bien podría decirse de los filósofos chilenos, en tanto que no hemos hecho más que ignorar la “catástrofe nacional”<sup>5</sup>. Serrano de Haro, explicando justamente el sentido del juicio de Fackenheim aclara que, a lo que este autor se estaría refiriendo es a que “...el terrorífico acontecimiento no tuvo, en la producción filosófica de las décadas siguientes, la centralidad ni el relieve que su poder destructivo merece; o mejor, exige”<sup>6</sup> a lo que agrega que entre los filósofos se puede observar “...cierta incapacidad básica para reparar en lo singular del acontecimiento y para advertir la relevancia que entraña en una historia que, supuestamente, habría continuado su marcha”<sup>7</sup>.

En efecto, fuera de algunos casos aislados y sin duda, destacados, los filósofos chilenos no hemos cumplido con la tarea que nos dejó planteada Patricio Marchant en

<sup>4</sup> Fornet Betancourt, Raúl, “¿Qué hacer con la enseñanza de la filosofía? O de la necesidad de reaprender a enseñar filosofía”, *Filosofar para nuestro tiempo en clave intercultural*, CONCORDIA, Reihe Monographien, Band 37, Mainz, 2004, p. 52.

<sup>5</sup> “Los filósofos no han hecho sino ignorar el Holocausto”. Fackenheim, Emil, “The Holocaust and Philosophy”, en *The Journal of Philosophy*. Año LXXXII, N° 10, 1985, p. 505.

<sup>6</sup> Serrano de Haro, Agustín, “La filosofía ante el holocausto. Orientaciones categoriales y bibliográficas”, *Nuestra Memoria*, España: Fundación Memoria del Holocausto, 2009, p. 129.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 130.

1989 cuando decía que el deber del “intelectual negativo” chileno debía ser “comenzar el comentario de la catástrofe nacional”<sup>8</sup>. García de la Huerta y María José López contribuyen con este texto a saldar en parte esta deuda. En lo que sigue, esbozaré algunos temas del libro en lo que esto se pone en evidencia.

El primero de ellos es la cuestión de los antecedentes intelectuales de la catástrofe. “Nazismo y tradición” (pp. 53-64) es el título del texto en el que Marcos García de la Huerta le da una vuelta a la famosa afirmación de Arendt en la que dice que “el nazismo no debe nada a ninguna parte de la tradición occidental, sea germana o no, sea católica o protestante, sea cristiana, griega o romana”, y rompe absolutamente con el pasado intelectual y político alemán. La afirmación, como bien hace ver García de la Huerta, es sumamente cuestionable puesto que, “[s]i el nazismo hubiera sido un cuerpo extraño, sin ningún antecedente en la tradición intelectual, habría sido rápidamente expurgado de la sociedad alemana, y el caso es exactamente el inverso: su recepción en vastos sectores fue tan decidida como entusiasta” (p. 55). El nazismo, según sostiene el autor, contra Arendt, fue rápidamente y fervorosamente aceptado porque era “enteramente compatible y afín con ideas preexistentes en la opinión pública y en la tradición del pensamiento europeo” (p. 55).

La cuestión de los “antecedentes del nazismo” es una cuestión histórica y políticamente relevante. Una pregunta análoga podría hacerse en el caso chileno, una pregunta que, hasta donde sé, nadie ha hecho expresamente: ¿Cuáles son los antecedentes filosóficos de la catástrofe nacional? Tengo la impresión de que los filósofos hemos estado funcionando en Chile sobre el entendido, baja la convicción tácita, de que, como habría dicho Arendt para el caso alemán, la dictadura no debe nada a ninguna parte de la tradición de pensamiento filosófico, menos aún a la tradición de pensamiento chileno. Es posible, sin embargo, hacer una vez más la observación que hacía Marcos respecto de los dichos de Arendt. Si la dictadura hubiera sido un cuerpo extraño, sin ningún antecedente en la tradición intelectual del país, habría sido rápidamente expurgado de la sociedad chilena, y el caso es exactamente el inverso: su recepción en vastos sectores fue tan decidida como entusiasta.

En este punto, me parece indispensable remitir al trabajo que realizaron en su momento Carlos Ruiz y Renato Cristi desentrañando el origen, trayectoria y lugar que ha ocupado y ocupa el pensamiento conservador en Chile<sup>9</sup>. Estos autores han hecho una gran labor desentrañando un asunto del que, me parece, no nos hemos hecho cargo los filósofos debidamente: que nuestros colegas, sus reflexiones, posibilitaron el golpe

<sup>8</sup> Marchant, Patricio, “Desolación. Cuestión del nombre de Salvador Allende (1989-90)”, *Escritura y temblor*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000, p. 222.

<sup>9</sup> Cristi, Renato y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Santiago de Chile: Ed. Universitaria, 1992. Ruiz, Carlos, “On Authoritarian Ideologies in Chile”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, N° 6, pp. 17-36, 1981. Cristi, Renato, *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y Libertad*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.

militar, lo justificaron, lo provocaron, y sirvieron de sustento y fundamento al régimen que se estableció luego.

Un segundo asunto que me gustaría destacar es la cuestión de si lo ocurrido en Chile fue un totalitarismo. Tanto Marcos García de la Huerta como María José López abordan el tema de si en el caso de la dictadura en Chile es posible hablar de “totalitarismo” en el sentido en que Arendt usa el término. El asunto de si podemos hablar o no de totalitarismo se enmarca, en general en el problema de los nombres, el del uso de los nombres, es decir, el de la posibilidad de usar nombres ajenos. María José López lo plantea expresamente. Como bien dice la autora, “[I]as palabras, ya lo sabemos, son vías de acceso a lo real, definen un horizonte de comprensión de la experiencia; no son “meros instrumentos” o vehículos de nuestras ideas”. Es por ello que tiene sentido preguntarse si “¿Es posible emplear palabras como: “campos de concentración”, “totalitarismo”, “holocausto”, “terror” para hablar de las experiencias de las dictaduras latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX?” (p. 100).

Se plantea, entonces, un problema relevante relativo a las motivaciones que nos llevan a la utilización en nuestro contexto de estos términos. María José López lanza al ruedo, entonces, una serie categorías en las que cuajan algunas de hipótesis interesantes de explorar y trabajar: la cuestión del “arquetipo del horror”, la de la “precomprensión estereotipada”, el tema de la “inhibición conceptual”, entre otras. Se trata de una serie de categorías que permitirían comprender lo ocurrido cuando se usa o se deja de usar un nombre ajeno.

En particular, en lo relativo al uso del nombre “totalitarismo” para referirse a lo ocurrido con las dictaduras latinoamericana en general y la chilena en particular, Marcos García de la Huerta abre la alternativa de usar otros nombres, nombres derivados, y reservar el de “totalitarismo” para aquello para lo cual fue acuñado. Propone, entonces términos como “totalitarismos renovados”, “totalitarismos perfeccionados” y “neototalitarismos”. El punto para el autor es que habría que distinguir un sentido restrictivo del término “totalitarismo” y un sentido “extensivo”. El primero, el “intensivo”, sería el sentido en el que lo usa Arendt y que implica una serie de exclusiones, pues solo aludiría al caso del nazismo y, eventualmente, al del estalinismo. Lo central es, como constata el autor, observar si el totalitarismo “conserva vigencia” luego de que Stalin y Hitler ya no están. Lo que García de la Huerta observa es que el “totalitarismo” ha tenido herederos que le hicieron enmiendas. No se trataría de totalitarismos en sentido restrictivo, pero sí de totalitarismo en sentido extensivo. En este punto, el autor alude expresamente al caso latinoamericano: “vemos que las dictaduras han prosperado como hongos en nuestro propio patio”. Estas serían casos de “totalitarismos perfeccionados” que transitan hacia “neototalitarismos” en tanto imponen lo que llama “tecnocracias”.

María José López, por su parte, a propósito de la carta de Mc Carthy a Arendt en la que le pregunta expresamente si lo ocurrido en Chile podría denominarse “totalitarismo” desarrolla el problema de la relación entre totalitarismo y dictadura. La conclusión de la autora es, siguiendo en eso a Salazar, que existe una “falta específica de un concepto para hablar de nuestro propio holocausto” (p. 103). En este sentido revisitará las propuestas

que ha hecho García de la Huerta antes en el libro, pero parece quedarse con la de Salazar cuando habla de Chile como de una “totalitarismo neoliberal”.

Finalmente, para ir cerrando esta presentación, me gustaría destacar el asunto ya mencionado antes de los “detenidos desaparecidos”. El capítulo final del libro está destinado a este tema, ahora directamente. Arendt aparecerá aquí para aportar con su reflexión acerca de los “campos de concentración” como laboratorios y, en particular, como un laboratorio en el que se descubre que hay cosas peores que la muerte (p. 104). En este punto la “desaparición forzada” surge como una mal aún mayor que el simplemente morir. López hará una caracterización detallada de lo que sería un “detenido desaparecido” desde el punto del vista del daño personal, primero, como una “víctima que ha perdido incluso su muerte” (p. 115). Luego transitará hacia otros ámbitos del daño. Distingue, entonces, un daño familiar, el daño al Estado y el daño a la comunidad completa. Logra con esto poner en evidencia la enorme magnitud de la catástrofe que es para el Chile de hoy la paradójal existencia de desaparecidos.

Estamos presentando un libro de gran valor. Un libro que, de hecho, tiene valor en muy diferentes sentidos. Lo tiene, por de pronto, por su factura, por tratarse de un libro escrito a dos manos o a dos voces: en diálogo. Lo tiene, además, porque transita sin conflicto alguno por diferentes modos de trabajar filosóficamente. Lo tiene, finalmente, porque es un enorme aporte para ir pensando, para comenzar a pensar nuestra catástrofe nacional desde una perspectiva filosófica. No me queda más que agradecer a los autores por el esfuerzo que han hecho y por el tremendo aporte que este libro significa.